

A man with dark hair and glasses, wearing a green jacket, is shown in profile from the chest up, looking out of a train window. The window view shows a coastal landscape with waves, a sandy beach, and green fields. In the background, a high-speed train is visible on the tracks. The text "BILLETE DE VUELTA" is overlaid in large, stylized white letters with a blue outline across the top of the image.

# BILLETE DE VUELTA

**ERIC LUNA**

*“A la realidad le gustan las simetrías  
y los leves anacronismos”*

*El-sur, Borges.*

**L**a pantalla le pregunta si desea comprar un billete de vuelta y él presiona el cuadrado de píxeles donde dice SÍ.

La máquina expelle un recibo apaisado y unos cuantos euros que caen tintineando sobre el cajetín del cambio.

Sostiene el recibo ante sus ojos por unos segundos. ¿De dónde sacó el ánimo para hacer ese viaje? No lo sabe. Y, sin embargo, cierta alegría, o al menos cierta calma, le irradia desde las tripas.

El monitor le indica la vía y el andén. Junto al monitor hay uno de esos viejos relojes de agujas, de hierro forjado y esfera de cuarzo, que algunas estaciones aún conservan:

Son las doce menos veinte.

El sol peina con un fulgor de agosto el paisaje tentacular de raíles que se bifurcan. La gente espera a los trenes bajo la sombra de las marquesinas. Pero él decide embarcar: el suyo ya está estacionado en el andén.

Mientras camina hacia allí, le da por pensar en el tiempo: Le ha costado sacar algo de tiempo para hacer este viaje. Como buscar calderilla bajo los asientos del sofá ha sido.

Aunque, si fuera honesto consigo mismo, reconocería que nunca quiso hacerlo. Que todo esto no es más que una

cuenta pendiente con su pasado, que ha postergado demasiado.

Volver *allí* le ilusiona. Pero también le echa para atrás. Sin embargo, ya tiene un pie dentro del tren.

Camina por el pasillo del primer vagón y nota cómo su cuerpo se relaja al contacto con el aire acondicionado.

El vagón está lleno, así que lo atraviesa. Quiere un viaje tranquilo, sin perturbaciones. Pero es verano y esto está atestado de familias cargadas con los aperos de la playa, y niños, y algunas parejas de jubilados y, aunque es raro verlos en trenes con este destino, algún adolescente que otro.

El siguiente está más o menos igual, así que sigue avanzando hasta que, a mitad de tren, encuentra un vagón con solo tres pasajeros: Dos amigas de unos cuarenta años, que charlan en tono discreto, y un tipo con pinta de boxeador, que escucha música con los cascos puestos y lleva un perro pequeño, un bichón maltés de pelo blanco, sobre el regazo.

Se sienta en la fila que parte el vagón en dos. Le atraen las simetrías y le gusta provocarlas.

Pero hay algo que odia de estos trenes y es que todos los asientos miran en dirección contraria a la del recorrido, por lo que el viaje es marcha atrás.

Sabe que hay gente a la que no le importa, pero a él le resulta incómodo porque se marea. Suelta un gemido imperceptible a modo de protesta.

Busca su teléfono y abre un chat. Comienza a escribir algo en él, pero luego se lo piensa mejor y borra lo escrito. Devuelve el teléfono al bolsillo. Deja caer la cabeza sobre el respaldo y se queda mirando a la nada.

El viaje es largo, así que se ha echado una antología de Borges que encontró por casa, para entretenerse. Pero no le apetece leer. Hay una idea que lo obsesiona ahora: Lo que se encontrará al llegar al destino. Se siente muy vivo. El corazón le palpita con brío.

No pasa demasiado tiempo hasta que las puertas quedan selladas y la locomotora se pone en funcionamiento. El paisaje comienza a moverse. Y eso le hace recordar cuánto le gusta viajar en tren. El viaje en tren, a diferencia de otro tipo de viajes por tierra, ofrece una vista panorámica de alta definición. El ritmo es constante, más equilibrado que en coche o en bus. Y rara vez pierde la inclinación a noventa grados respecto del cielo. Todo ello hace del tren el medio de transporte más disfrutable bajo su criterio.

Y hay algo más.

El tren satisface una de sus pequeñas filias: La de observar sin ser visto.

Por ejemplo, a esa mujer y a ese hombre: Él se monta en su coche, mientras ella lo ve marcharse al pie del camino. Hay algo en sus gestos que reconoce. Enfado e incomprensión en la mirada de ella. Culpabilidad en la de él. Una historia que termina.

Pero ha sido solo un fagonazo. El tren continúa su marcha haciendo que, cada vez, vayan volviéndose más y más pequeños. Más y más distantes.

Estaba siendo un viaje tranquilo hasta que el tipo con pinta de púgil, el que escuchaba música sin molestar a nadie, ha recibido una llamada y ha revelado que escondía una vocecilla cantarina e irritante. Aparte, el tipo es un pesado. Repite la misma cantinela una y otra vez, versionando lo dicho con un *quiero decir*.



—Estoy bien, mamá. Y Puchi está bien también —Puchi es el perro—. Enseguida vamos a estar ahí contigo... Quiero decir que llegamos en nada. ¡Te echamos tanto de menos...! Sí. Yo estoy bien, mamá. Y Puchi. No te olvides de Puchi. Luego se enfada conmigo, si no le preguntas cómo está...

Está a punto de abrir la boca para pedirle a aquel tipo que baje un poco la voz, e indicarle con un gesto que tal vez quiera dormir, cuando el tren decelera.

Va hacer su primera parada.

La hilera de vagones se detiene en una parada que está sobre una elevación del terreno. De modo que ahora se presentan ante sus ojos las vistas a los áticos y terrazas del vecindario.

Es la hora del aperitivo. Es verano. Y a estas horas la gente no se prodiga demasiado por las terrazas, pero sin embargo ahí están ella y él: Estirados, de costado, sobre un sofá viejo, bajo una especie de toldo improvisado. Son algo más jóvenes que antes. Ninguno de los dos lleva ropa interior. Sí que se han dejado las camisetas, por pudor, imagina. Tiene su punto. Se recuerda en ese tipo de situaciones. Con ella cualquier lugar era bueno.

Una especie de añoranza erótica lo rodea como una niebla. Pero la disipa cerrando los ojos y moviendo la cabeza. El tren comienza a moverse y a tomar velocidad. La pareja va quedándose atrás.

Se abre la puerta del vagón y aparecen varias personas, que toman asiento. Uno de ellos, un tipo rapado, con tatuajes en los brazos, algo menor que él, con un aspecto un tanto agresivo, se sienta en uno de los bancos del otro lado, en la misma fila, y aquello, por lo que sea, le molesta.

Anda que no hay tren, piensa.

Y no contento con eso, escucha decir a su vecino de asiento:

—Se hace raro esto, ¿eh?

Lo mira. El tipo está sonriendo.

—¿El qué?

—Volver.

Se queda mirándolo, como tratando de averiguar sus intenciones. No dice nada, así que el tipo prosigue:

—¿Vas a ver a alguien?

—Algo así.

—Yo también —dice y se deja caer sobre el reposacabezas—Tengo que recordarme a mí mismo las cosas que importan.

—Ya... —en realidad él no tiene ganas de hablar, pero no quiere ser cortante, y tampoco sabe ser asertivo, así que se limita a los monosílabos.

—Y saberse perdonar... Viajar de regreso a casa suele dar perspectiva...

Resulta que, después de todo, el extraño con pinta agresiva es un filósofo de viajes. Pero él no tiene ninguna gana de escuchar las reflexiones en voz alta de nadie. De modo que masculla un *perdona* y gira el cuerpo hacia el ventanal. Y entrecierra los ojos. Y parece que el otro tipo capta el mensaje, porque suspira y se calla.

Otra parada.

Se ha despertado con el leve movimiento de retroceso del tren al frenar. Ni siquiera recuerda haberse quedado

dormido. Por la altura del sol calcula que deben ser las tres y algo de la tarde.

Escucha cierto alboroto que se aproxima.

Alguien se queja en voz alta. Una voz dice en tono autoritario:

—Lo siento, pero tiene que bajar aquí.

Se gira y logra ver, en el compartimento que hay entre vagones, a dos tipos vestidos con uniforme de seguratas invitando a un tipo a que se baje en esta parada. El tipo parece agobiado:

—Por favor, aquí no. En esta parada no.

—Haga el favor de bajar del tren o nos veremos obligados a llamar a la policía. No puede viajar sin billete.

El tipo oye eso y se resigna. Se echa su mochila al hombro y desciende las escalerillas.

—Pobre diablo —oye decir a su compañero de fila—. Se ve que este lugar le trae malos recuerdos.

Él se desinteresa del drama de aquel desconocido y, aún con la mirada medio dormida, escruta el paisaje detenido:

La parada está en una especie de alameda. Desde la distancia puede ver a esa pareja tomando algo en la terraza de aquel bar. Sentados en un par de taburetes, en una mesa alta, sostienen unas cervezas y se clavan la mirada mutuamente, sin abrir los labios. Solo sonríen. Y se buscan. Puede reconocer la escena. Tal vez pase un vendedor de lotería en un rato. Y les venda un décimo de la ONCE que resulte ganador de un premio menor. Y eso les produzca una sensación de estar tocados por alguna especie de gracia, que aún desconocen.

El tren se pone en marcha y él despierta de su ensoñación. La alameda queda atrás y regresan los paisajes áridos, las tierras de naranjos.

Algo lo distrae de su entretenimiento: Las pantallas que hay colocadas en el techo del vagón se encienden. Aparecen los títulos de crédito de una película. Se dice a sí mismo que por qué no, que una película lo distraerá durante el viaje y detendrá el runrún de pensamientos nostálgicos que este viaje le produce. Rebusca en su mochila. Aparta los cuentos de Borges y extrae sus cascos. Los conecta y se introduce en la ficción: Es una película un poco antigua, en la que Jim Carrey no hace muecas y Kate Winslet lleva el pelo de color azul. Se interesa por el argumento, pero en cierto momento se da cuenta de que se está amodorrando y eso es lo último que piensa en estado consciente.

Despierta.

El tren recorre las vías a toda velocidad.

El tipo que había sentado en su misma fila ha desaparecido y algunos otros pasajeros también. Se despereza y hace crujir las vértebras del cuello. Ha sido un sueño reparador.

La luz del exterior está pintada ya con los colores del ocaso. Ha debido dormir durante unas cuantas horas. En realidad, necesitaba descanso y, gracias a esta siesta, le ha hecho trampas al tiempo y ya no queda tanto para llegar a su destino.

Decide acercarse al vagón comedor. Va hasta allí y pide un cortado. Como se siente alegre por lo cercano de su llegada, inicia una conversación trivial con la camarera, que está limpiando las bandejas con cara de estar de mal humor:



—Venga, que ya queda nada para llegar —le dice él para animarla.

—De eso nada —responde ella sin mirarlo a la cara—. Con el dichoso retraso, aún nos queda casi una hora.

—¿Retraso?

—Sí... Los casi cuarenta minutos que hemos pasado parados para que el que venía de vuelta hiciera el cambio de agujas... —ahora sí lo mira a la cara.

—Ah, ya... —responde él.

Aunque no tiene ni idea de lo que le habla. Ha debido ocurrir mientras él dormía y ni se ha enterado.

El tren sufre un pequeño espasmo, que es señal de que nos acercamos a la siguiente estación, de modo que él coge el café y se acerca a una de las ventanas del vagón comedor para observar lo que sucede fuera.

La parada no es en ninguna estación, sino en mitad de una zona de huertos. Una parada extraña, piensa. Pero quiere la casualidad que el vagón en el que viaja venga a detenerse frente a la parte trasera de una pequeña casa de campo. Allí logra avistarlos, a ella y él. La ve a ella, deshaciéndose del vestido y las bragas. No hay nada erótico en su gesto. Lo hace en señal de libertad: está en su patio y tiene calor. Por suerte, esos dos no se percatan de la presencia del tren, o les da igual. Junto a ellos hay un perro pequeño que olisquea el terreno como si buscara dónde mear. El chico, por su parte, la imita. Se quita la ropa, con cierta timidez, como si fuera la primera vez que van a verse desnudos. Se acerca a ella. Le besa la espalda, mientras ella parece estar llamando al perro, para decirle que no se aleje demasiado...

Pero el tren se pone en movimiento y aquella escena cotidiana se aleja.

Ahora se siente avergonzado. Ha estado espiando a la pareja desnuda y la camarera ha debido verlos también. Es como si hubieran compartido un momento demasiado íntimo para ser dos desconocidos.

Se acerca a la barra y abona el café. Sin decir nada más, regresa a su asiento.

Ha caído la noche.

Consulta la pantalla de su teléfono cada dos minutos. Llega tarde. Llega bastante tarde. Mira impacientemente por el ventanal hasta que ve cómo asoman unas luces distantes: Están llegando.

El tramo que lo separa de donde está ahora hasta su parada se le hace eterno. Ya no queda nadie en este vagón. Se mueve compulsivamente hacia adelante y hacia atrás, como si se lo hiciera encima. Tiene la mochila preparada sobre su regazo desde hace rato y, cuando nota la deceleración de la locomotora, se levanta para ponerse junto a la puerta de salida.

Por fin: La puerta se abre.

Aunque es de noche, reconoce el lugar. Todo está tal y como lo recuerda. Las calles. La luz. El olor a las cocinas de los restaurantes cercanos.

Atraviesa la estación y corre calle abajo. No es demasiado lejos. Tiene que llegar a tiempo de disuadirlo. De disuadirse. Aún puede evitar que suceda lo que ocurrirá si él no lo impide. En realidad, ni siquiera tiene un argumento de peso que lo convenza. Confía en distraerlo, en

sorprenderlo, en hacer cualquier cosa que rompa la línea temporal.

Corre a zancadas. Con la respiración entrecortada, el sudor resbalándole y el corazón bombeando como el motor de una locomotora.

En su campo de visión aparece el lugar que buscaba. La terraza de aquel bar. Comprueba la hora una vez más, sin dejar de correr. Es tarde. No los ve. Eso le da esperanzas, pero...

Allí están. Los dos. Se han encontrado. Y se besan por primera vez. Tal y como él recordaba. Pero nunca había imaginado la escena desde esta perspectiva, desde fuera.

Le embarga cierto sentimiento de derrota. Podría acercarse ahora, interrumpirlos con una mala excusa, quebrar la magia del momento, pero ¿qué sentido tendría?

No va a poder evitarles ni lo bueno, ni lo malo de lo que sucederá después.

Ya ha ocurrido. De nuevo.

En lugar de eso, suspira y se resigna. Camina lentamente, observándolos.

Toma asiento en una mesa alejada de la pareja y, desde allí, se limita a espiarlos. Sonríen. La felicidad está hecha de estos momentos fugaces. Sonríe él también. En realidad, se alegra de haber llegado tarde.

Una idea nueva le ronda la cabeza y la acepta: Todos los momentos de su vida merecen la pena, porque tienen sentido. Después de todo, podemos tolerar el dolor, pero nunca la falta de sentido.

La camarera se acerca con el comandero en la mano.

—Hola, ¿qué te pongo?

Él vuelve a mirar a la pareja, que ahora se abraza por primera vez. Los señala y dice:

—¿Ves a esos dos? Quiero lo mismo que están tomando ellos.

BILLETE DE VUELTA

Eric Luna

Registrado en Safe Creative

